



**Benjamín Padilla**

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

## **Las altas horas<sup>10</sup>**

Casi todos los bailes comienzan igual: en medio de una frialdad, un silencio y una quietud tumbales, es decir, sepulcrales.

Los músicos -entre los cuales descuella el del violín por lo grande de su instrumento- se arrinconan hablando en secreto y fumándose a fuertes chupetones sus cigarros de hoja.

En la sala, inundada de luz, están las muchachas; tiesas por el corsé; catrinas, con su traje de domingo; bien polveadas. Nadie habla; sólo se oyen los ritos alegres de la dueña del baile que en vano quiere inyectar animación al concurso.

Afuera, en el corredor, los cursis tipos, con sus cuellos hasta las orejas, sus relucientes chalecos de piqué, sus zapatos rejuvenecidos a fuerza de betún y la entresemana, rebelde cabellera, domada a fuerza de bandolina y pomada.

«¡Platiquen, muchachas, por Dios! ¡Parece esto un velorio!».

«¡Si estamos platicando!»., contesta una, mientras las demás sonrían, con una sonrisa de ésas de dolor de muelas.

Pero aquello no se anima. No se alegra.

Suena la primera pieza.

Ándenle, muchachos, ¡a bailar!

La dueña de la casa, que ya siente que casi se está tirando una plancha, tiene que llevar a los jóvenes jalando de la mano y buscarles compañera.

«Pero si yo no sé bailar, Catita».

«Pues como sepas. Anda. ¡A bailar! ¡No faltaba más, que fuéramos a aburrirnos pudiendo estar contentos!».

¡Las parejas apenas platican: hablan de si está bueno o no el piso; si hace frío o calor; si lloverá o no, y esto aunque sea en invierno!

Así comienzan casi todos los bailecitos de bandera colorada.

Pero viene la primera copita: «para que se entonen», según dice la dueña de la fiesta.

Los dos jóvenes más comadreros y más catrines se encargan de llevar la charola con las copitas uno, y la botella de coñac, el otro.

«No me desaire, María, porque me enojo. Tome lo que guste. ¿Quiere que me arroddille? ¡Ya sabe que a mí no se me dice que no!».

Accede la niña. Se empina la copa y hace unos gestos..., que por cierto son muy justificados.

Después de la primera copita se oyen ya las pláticas en voz más alta. Los catrines jóvenes, limpiándose el sudor con un pañuelo perfumado con pachulí se sientan al lado de sus compañeras y comienzan a decirles «que la débil barquichuela de su tranquilidad se siente zozobrar en el inmenso piélago de su amor», o alguna otra cosilla por el estilo de cursi, que ellos creen que es la mar de bonita y que atortola a las pobres señoritas...

Después de cuatro o cinco copitas, cuando comienza a circular el ponche, con algunas náufragas rebanadas de naranja, es aquello un jaleo encantador. Todos gritan, corren, se ríen a carcajadas, se jalen... Los jóvenes, semidespeinados, han roto ya el turrón con sus respectivas compañeras. Los músicos entonados con el tequila, suplen con fuerza la que les falta de afinación.

Ya las parejas no quieren que cesen de tocar. «Sígalo, maistro» y suena un aplauso atronador, que no termina hasta que no se oye el primer chillido del violín...

¡Llegan las altas horas!

¡Las estrellas, que desde el limpio cielo se asoman al patio de la casa, parecen sonreír burlescamente al ver aquel hermoso puñado de seres humanos, congestionados de alegría!

¡Ya han llegado a la cumbre; ya han conseguido su objeto; la apoteosis del descuaje del sentimiento!

Ya los cargadores andan bailando con las recamareras en pleno estrado. Ya los músicos no saben ni lo que tocan. A la dueña de la casa se le andan cayendo las enaguas. Las parejas de bailarines, con el greñero sobre la cara, se pierden en las encrucijadas del corredor. A una señora le están dando baños de asiento y de brazos, allá en el patio interior, mientras ella, con los ojos cerrados canta *La Paloma*.

Los jóvenes desahuciados de las muchachas, que no han bailado, pero sí bebido, se están haciendo protestas de amistad y de simpatía.

«Sepa usted que soy su amigo. No crea que es cuestión de copas. ¡Usted me simpatiza y yo he de demostrarle mi afecto!».

Ya nadie sabe de nada.

Una señorita llora en un rincón porque dice que es muy desdichada, y que quiere mucho a su papá...

«Cállate, Laura. ¿qué es eso? ¿qué va a decir la gente? No seas tonta, serénate...».

Pero Laura no se serena. Sigue llorando porque dice que quiere mucho a su papá...

Entre tanto la dueña de la casa, encantada de su éxito con dos respetables damas, las tres abrazadas y babeándose, cruzan la reunión y se encaminan al interior. ¡A sitios reservados!...

«¡Usted es un desgraciado!».

«¿Quién es desgraciado infeliz?». ¡Pump, pump! Suenan dos cachetadas. Los contendientes se trezan en el patio como gallos. Las miradas se avivan un momento por el susto. Las viejas gritan. Los músicos suspenden la pieza. Intervienen los amigos, los separan, y los valientes, con el cuello y la corbata hechos tiras, a distancia considerable se cambian insultos.

El respetable gendarme llega. La música, para disimular, rompe a tocar y las parejas reanudan el baile.

¡El guardián de la linterna pide la licencia, husmea y se retira!...

Las familias, temiendo un escándalo más gordo, comienzan a despedirse. Nadie tiene ya energía para nada. ¡La música toca *La Golondrina* y, mientras los compañeros ayudan a las muchachas a ponerse los abrigos, les piden al oído cita de amor!...

Se acabó el baile.

\*\*\*

Y con la filosofía que infunde la soledad y el silencio de la calle bajo aquel cielo limpio y estrellado, pienso yo si acaso la Providencia habrá querido que sea aquello un lenitivo de las pesadumbres humanas.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

